

La imagen de la Virgen de Guadalupe, milagro continuo

En la anterior Hojita de Fe narrábamos las apariciones de Nuestra Señora de Guadalupe al indio Juan Diego, convertido a la fe católica desde hacía seis años. Pues bien, además del hecho histórico de la repentina impresión de la prodigiosa imagen de Nuestra Señora de Guadalupe en la tilma de Juan Diego (1531), se dan en la misma toda una serie de fenómenos inexplicables, de los que queremos dar cuenta aquí.

1º Duración de la tilma.

El ayate, esto es, el tejido de fibra de maguey –de que estaba hecha la tilma o poncho de Juan Diego– tiene una duración de unos veinte años; pero, en el caso de la tilma guadalupana sobre la que se halla la imagen de la Santísima Virgen, no sólo perdura desde hace ya casi 500 años, sino que está extraordinariamente suave, hasta el punto de que durante muchos años los expertos pensaban que estaba hecho de una palma silvestre que da un tejido más suave.

Más aún: en 1791, limpiando el marco de la imagen con agua fuerte –ácido nítrico diluido en una pequeña cantidad de agua–, ésta cayó en la parte superior de la tilma, en la parte derecha según se la mira. El tejido debería haberse destruido, pero sólo quedó una mancha amarillenta, que con el tiempo va desapareciendo, como si la tilma se fuese regenerando por sí misma, al igual que la piel de los seres vivos.

2º La pintura.

Según los análisis de las fibras, hechos en 1936 por el doctor alemán Ricardo Kuhn, premio Nobel de química en 1938, en dichas fibras, una roja y otra amarilla, no existen colorantes vegetales ni minerales. Esto ha sido confirmado por el estudio Smith-Callagan respecto de la imagen original, a diferencia de los añadidos. Además no se dio a la tela preparación o aparejo alguno, según se acostumbra y es necesario para que agarre bien la pintura.

Ya en 1775, el Dr. José Ignacio Bartolache y Díaz de Posada –fundador de *El Mercurio Volante*, primera revista médica editada en América– publicó en *La*

Gaceta de México su propósito de investigar la inexplicable lozanía de la imagen. Para ello hizo tejer por indios cuatro ayates, dos de maguey y dos de palma silvestre. No consiguió que igualaran a la tilma, pero escogiendo el mejor, y los mejores pintores, mandó hiciesen dos copias lo más exactas posibles de la Virgen de Guadalupe. Tampoco fueron las copias perfectas, aunque sí muy bellas. Una la regaló a las religiosas de la Enseñanza, y no se ha vuelto a saber de ella. La otra se colocó en 1789, protegida por dos cristales, en la capilla del Pocito, en la falda del cerro del Tepeyac. Pues bien, ya en 1796 hubo que retirarla del altar, por estar totalmente descolorida y haber saltado la pintura.

Y sin embargo el original se sigue conservando como «*recién pintado*» –pintado o lo que sea–, a pesar de haber estado expuesto durante 116 años, incluso sin cristal, a toda la humedad y salitre de aquella región de lagos, a todo el humo de las velas, al polvo, a innumerables insectos, al fervor de los fieles que lo besaban y tocaban con multitud de objetos piadosos.

Incólume al tiempo y a tantos elementos destructores, también lo fue a la explosión de una bomba en 1921. El 14 de noviembre un obrero, Luciano Pérez, a las diez y media de la mañana, dejó en el altar mayor un ramo de flores, que escondía dentro una carga de dinamita, la cual estalló minutos después. Los destrozos fueron tremendos en el altar, y hasta se rompieron los cristales de las casas fuera de la basílica. En cambio, al cuadro de la Virgen no le pasó nada, y aun el cristal, que debió quedar pulverizado, permaneció intacto.

3º La técnica.

Ningún pintor hubiera escogido, para pintar un cuadro semejante, un tejido más parecido a una tela de saco que a un lienzo. Además, la tilma estaba hecha de dos pedazos, con costura en el medio –que no afecta al rostro de la Virgen por estar inclinado hacia su derecha–. Pero lo notable, otro de los fenómenos inexplicables, es que el artífice fue capaz de aprovechar todas las imperfecciones del tejido como un elemento pictórico.

El Doctor Rodrigo Franyutti, uno de los investigadores de la imagen de Guadalupe, en su estudio *El verdadero y extraordinario rostro de la Virgen de Guadalupe*, dice:

«Para dar luminosidad y volumen a un rostro, por lo menos hay que utilizar dos colores, uno claro y otro oscuro para las sombras. Pero en el rostro de la Virgen no hay una sola sombra pintada. Las cejas, el borde de la nariz, la boca y los ojos no son otra cosa que la misma tela, carentes de todo color superpuesto con todas sus manchas e irregularidades, pero utilizadas con tal maestría que parecen perfiles extremadamente bien dibujados; todos los rasgos no son más que aberturas en la tela, manchas e hilos gruesos. Por ejemplo, el perfil que forma la nariz no es sino la misma tela que termina en un hilo grueso en lo que es la punta de la nariz.

«Esos rasgos denotan una técnica superior a la humana, ya que la forma con que han sido utilizadas las imperfecciones de la tela no tiene explicación lógica: de lo

burdo se obtuvo efectos delicados, y de las manchas, hoyos e hilos gruesos del ayate, unos rasgos finísimos, sin haber puesto un gramo de pintura sobre ellos».

A su vez, el informe Smith-Callagan afirma:

«Una de las maravillas e inexplicables técnicas empleadas para dar realismo a la pintura, radica en la forma como se aprovecha la tilma, no preparada –con ausencia de plaste o empaste–, para dar al rostro una profundidad y apariencia de vida. Esto es evidente, sobre todo en la boca, donde un fallo de un hilo del ayate sobresale del plano de éste y sigue a la perfección el borde superior del labio. Otras burdas imperfecciones del mismo tipo se manifiestan bajo el área clara de la mejilla izquierda y de la derecha y debajo del ojo derecho.

«Considero imposible que cualquier pintor humano hubiera escogido una tilma con fallos en su tejido y situados de tal forma que acentuaran las luces y las sombras para dar un realismo semejante. ¡La posibilidad de una coincidencia –tan múltiples– es mucho más que inconcebible!

«Lo verdaderamente extraordinario del rostro y de las manos es su calidad de tono, que es un efecto físico de la luz reflejada, tanto por la tosca tilma como por la pintura misma. Es un hecho indiscutible que, si la imagen se mira de cerca, queda uno decepcionado por lo que al relieve y al colorido del rostro se refiere –en las fotografías tomadas de cerca, el rostro aparece desprovisto de perspectiva, plano y tosco en su ejecución–. Pero contemplándolo desde unos dos metros, parece como si el gris y el aparentemente aglutinado pigmento blanco del rostro y manos, se combinaran con la superficie para “recoger” la luz y refractar hacia lo lejos el tono oliva del cutis. Técnica semejante parece ser un logro imposible para las manos humanas, aunque la naturaleza nos la ofrece con frecuencia en la coloración de las plumas de las aves, en las escamas de las mariposas... [es decir, según explican, los diversos pigmentos no reflejan la luz, sino que la descomponen].

«Al alejarse de la imagen brota como por encanto la abrumadora belleza de la Señora. La cara es de tal belleza, y de ejecución tan singular, que resulta inexplicable para el estado actual de la ciencia».

Sobre esta belleza de la Virgen, que tanto impresiona a los científicos Smith y Callagan, el Doctor Amado Jorge Kuri, eminente cirujano y especialista en medicina interna, que también ha estudiado de cerca la imagen, dice:

«En mi larga vida como profesional he tenido oportunidad de ver a miles de seres humanos, de todas clases y condiciones, pero jamás tropecé con uno tan delicado y sugere».

Que esta especial belleza, atestiguada por muchos especialistas, no aparezca en las reproducciones, se explica en parte por los citados retoques, y por su especial técnica analizada de descomposición de la luz, que difícilmente puede captar la fotografía.

Varios médicos han apuntado la idea que la Santísima Virgen aparenta estar embarazada de unos tres meses –sería en la época del nacimiento de San Juan Bautista–, con el Niño Jesús no en sus brazos sino en su seno. Curiosamente ya el maestro Alfonso Junco decía:

«Quiso visitarnos, como hubiera visitado a su prima Santa Isabel en su gravidez, cuando estas tierras estaban grávidas de Cristo, y aceleró el nacimiento de El».

4º Los ojos.

El último de los prodigiosos fenómenos descubiertos, es el contenido de los ojos, filigrana técnica del genial artífice, que no sólo no pudieron pintar manos humanas, sino que les hubiera sido absolutamente imposible hacerlo a los hombres del siglo XVI, con los conocimientos de la época.

En 1929 el fotógrafo oficial de la basílica, Alfonso Marcué González, descubrió que los ojos de la Virgen reflejaban el busto de un hombre con barba, pero el abad de la Basílica no quiso que se dijese nada, quizás por la persecución religiosa de entonces. En 1951 José Carlos Salinas Chávez, dibujante, conocedor del fenómeno, los examinó de nuevo, y después de insistir ante el citado abad y el arzobispo, hizo público el hallazgo, con lo que comenzó el análisis científico por los oculistas de mayor prestigio con lupas y oftalmoscopios de gran potencia. No se puede dudar, como descubrió en 1956 el Doctor Rafael Torija Lavoignet: reflejan una imagen según la ley óptica Purkinje-Samson. Según esta ley, un objeto colocado 35 o 40 cms. enfrente del ojo, produce en él tres imágenes: una en la cara exterior de la córnea –delante del iris–, otra más pequeña en la cara exterior del cristalino –lente que está detrás de la pupila o abertura del iris–, y una tercera, aún mejor e invertida, en la cara interior del cristalino.

Esas tres imágenes de un busto de hombre con barba se pueden apreciar en el ojo derecho de la imagen; en el ojo izquierdo aparece sola la primera imagen, más externa en la córnea, debido a que el objeto está menos de frente al ojo, y por ello no produce las otras dos imágenes. Desde el punto de vista óptico la diversidad, colocación, curvatura y enfoque de las imágenes en ambos ojos es perfecta: la del ojo izquierdo algo desenfocada, por estar más lejos del hombre con barba. Ya esta sola perfección anatómica supera toda técnica humana.

Además, según testimonio unánime de los oftalmólogos, al iluminar el ojo, el iris se hace brillante, dando la impresión de ser un ojo vivo, y la pupila de ser algo hueco. Este efecto de vida y tridimensional en la mancha negra de la pupila no se encuentra, por supuesto, en ningún otro cuadro del mundo, ni es posible conseguirlo con ninguna pintura.

Los ojos están ligeramente inclinados hacia la derecha y hacia abajo. Es tal su realismo, que el Doctor Enrique Graue, absorto en su observación, olvidó que estaba ante un cuadro y le dijo, como a uno de sus pacientes:

«Por favor, mire un poco más arriba».

R. P. JOSÉ LUIS DE URRUTIA S. J.